

## **Aproximaciones teóricas al estudio de la masculinidad**

### **La socialización de la masculinidad**

Por socialización entendemos aquellos procesos psicosociales<sup>1</sup> en los que el individuo se desarrolla históricamente como persona y como miembro de una sociedad dada. En esta definición encontramos tres aspectos: a) la socialización es un proceso de desarrollo histórico porque se da en el tiempo; es, además, b) un proceso de desarrollo de la identidad personal ya que el sujeto comienza a tener conciencia de sí mismo y c) es un proceso de desarrollo de la identidad social, esto es en relación con los otros. Es un proceso de desarrollo histórico al caracterizarse por su concreción temporal/espacial, su carácter se define por las circunstancias de cada situación histórica concreta. No se trata sólo de la forma, en donde lo único que cuenta son precisamente las formas, o bien, los mecanismos que permiten que se dé ese proceso o su transmisión; aquí lo importante radica en conocer ese algo que se transmite.

El desarrollo de la identidad personal es un proceso al permitir que a través de la socialización cada individuo vaya configurándose como persona, que “esté en proceso de ser” frente a la sociedad a la que pertenece<sup>2</sup>. Ya sabemos que socializar no es un simple cambio que se dé de un estado a otro, no es sólo una modificación, es más bien un paso hacia el ser, pero sobre todo hacia el ser individual. Podemos decir que la persona “va haciéndose, va emergiendo” (Izquierdo, 2003).

La identidad social es un proceso porque marca al individuo con el sello propio de la sociedad y al grupo social en el que desde un principio dio inicio su

---

<sup>1</sup> La socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo. Se da en circunstancias de enorme carga emocional. Existen ciertamente buenos motivos para creer que, sin esa adhesión emocional a los otros significantes, el proceso de aprendizaje sería difícil, cuando no imposible (Berger y Lukmann, 2001).

<sup>2</sup> Lo mismo cabe afirmar del miembro individual de la sociedad, que externaliza simultáneamente su propio ser y el mundo social y lo internaliza como realidad objetiva. En otras palabras, estar en la sociedad es participar de su dialéctica (Berger y Lukmann, 2001).

socialización. Creemos que la identidad de la persona depende prioritariamente de la identidad que el grupo social al que pertenece le proporcione<sup>3</sup>. [Aquí vendría a ser importante en la medida en que los adolescentes están en contacto -para ellos muy importante-, con sus pares. No obstante, conviene tener presente que la identidad no es un acto reflejo en el que, pudiera pensarse, los individuos reflejáramos a la sociedad, sino más bien un proceso individual interno]. Pero, el ser humano tiene conciencia, y la conciencia que la persona adquiere sobre lo que es en sí mismo y que a su vez va a incidir en su determinación propia, surge y está condicionada por la realidad social objetiva, al menos desde el punto de vista de (Bergman y Luckman, 2001). Además, desde luego, por la evolución específica que tiene cada individuo dentro del medio social al que pertenece.

La identidad resulta, entonces, de un proceso de socialización donde los sujetos no nacen siendo ya miembros de una sociedad, sino con la predisposición hacia la socialización para después llegar a convertirse en miembros de ésta. El punto inicial de este proceso lo constituye la internalización a través de la aprehensión e interpretación de un acontecimiento objetivo en cuanto que éste expresa un significado. Es, además, una manifestación de los procesos subjetivos de otros que se vuelven subjetivamente significativos (Berger y Lukmann, 2001).

Si bien desde la infancia temprana el proceso de socialización demanda que cada ser humano confirme y reafirme su pertenencia al colectivo propio de su sexo biológico, durante la adolescencia la demanda se intensifica ante el desarrollo de la sexualidad.. Es en esta etapa cuando los varones sienten y viven la presión que los lleva a reafirmar una masculinidad frágil por lo general y, que exige aceptación por parte de los otros, sobre todo de sus pares. Es ahora, en este momento, cuando los varones deberán probar que dejaron atrás la niñez, que no son débiles como supuestamente lo son mujeres y que son heterosexuales. Varios autores (Fuller, 1997; Valdés y Olavarría, 1998;

---

<sup>3</sup> En otras palabras, el yo es una entidad reflejada, porque refleja las actitudes que primeramente adoptaron para con él los otros significantes; el individuo llegará a transformarse en lo que los otros significantes lo consideran (Berger y Lukmann, 2001).

Olavarría, 2001, 2003; Viveros, 1997, 1998; De Keijzer, 1997; Figueroa, 1997), coinciden en que es en la adolescencia cuando la masculinidad hegemónica adquirirá su expresión más remarcada y en ocasiones grave<sup>4</sup> de lo que significa “ser hombre”. Hegemonía, determinación hacia la reproducción de la especie, de ahí que el hombre y la mujer durante esa etapa deberán reafirmar su heterosexualidad para lo cual se llevan a cabo las pruebas y lo que se ha dado en llamar “ritos de iniciación”<sup>5</sup>. Los ritos de paso establecen transiciones entre estados distintos.

Aquí, vale la pena aclararlo, el concepto de estado puede ser aplicado a la situación física, emocional o mental de una persona o grupo de personas. Cabe señalar que los ritos de paso incluyen tres fases: separación, margen o limen y agregación. La primera fase supone una conducta simbólica que signifique separación del grupo o del individuo de su anterior situación dentro de la estructura social o de un conjunto de condiciones culturales. Periodo liminar, el estado del sujeto de rito es ambiguo, atravesando por un espacio en el que encuentran muy pocos o ningún atributo, tanto del estado anterior como del que vendrá, en la tercera fase el paso se ha consumado ya. El sujeto del rito alcanza un nuevo estado a través del rito y, en virtud de ello, adquiere derechos y obligaciones de tipo “estructural” y definido con claridad, se espera que se comporte de acuerdo a ciertas normas de uso y patrones éticos (Van Genep, 1960; Turner, 1980).

Haber pasado de un estado a otro: del niño de casa al de adolescente que abandona el hogar para construirse a sí mismo en la calle, con la colaboración de los pares, permite el ingreso del adolescente en una nueva etapa. Dejar atrás la niñez es lo que le dará el título de hombre -ante sí mismo y ante los pares, cuando menos- podríamos decir que el adolescente está buscando

---

<sup>4</sup> Grave en tanto que es ahora, en esta etapa, cuando los adolescentes estarán dispuestos a enfrentar todos los riesgos y actitudes temerarias que le darán significado a la palabra masculinidad tratando de reafirmarla.

<sup>5</sup> La transición de un estatus social a otro se legitima mediante ritos de pasaje que le permiten a la sociedad regular los cambios e imponer su propia organización (Román, 2000).

establecer su rol de hombre<sup>6</sup>. Los roles de género producen expectativas a nivel social (tanto en el entorno familiar como escolar y con el grupo de pares. Por eso el adolescente sale a la calle donde están sus iguales y en donde comenzará a definir las líneas de ese ya no tan futuro rol de hombre-adulto que se espera de él) a las que debe darse respuesta durante el proceso socializador. Cabe mencionar que estas expectativas actúan a su vez como mecanismos de control social que evitan que se produzcan transgresiones del rol asignado. A partir de la socialización de los roles aprendemos a comportarnos de acuerdo a las expectativas que corresponden con nuestro género (Berga, 2003).

Así, el adolescente está inmerso en la consecución de su rol de hombre, su objetivo en este momento es lograr el calificativo de hombre, tanto de parte de los demás, sobre todo de sus pares, como de sí mismo. “El origen de los “roles” reside en el mismo proceso fundamental de habituación y objetivación que el origen de las instituciones. Los “roles” aparecen tan pronto como se inicia el proceso de formación de un acopio común de conocimiento que contenga tipificaciones recíprocas de comportamiento, proceso que, como ya hemos visto, es endémico a la interacción social y previo a la institucionalización propiamente dicha” (Berger y Luckmann, 2001).

Si convertirse en hombre es una construcción en la que está inmerso el adolescente, cabe suponer que esté comenzando a recorrer los caminos para conseguir a plenitud ese galardón. Existe la posibilidad de que conozca -porque los que ya lo obtuvieron se lo han dicho- el buen sabor que obtendrá de lograrlo. Así como también la humillación que significará el haber fracasado en una de las más importantes tareas que se le ha asignado por el hecho de haber nacido varón: “convertirse en hombre”. Pero, parte esencial de la construcción de la masculinidad adulta es el ingreso al mundo del trabajo. El adolescente que abandona el hogar y sale a la calle da los primeros pasos para construir esa masculinidad que ambiciona. Para ser considerado un hombre pleno

---

<sup>6</sup> La adolescencia, tal como diría (Callirgos, 2003), es un periodo en el cual resulta necesario afirmar la masculinidad. También sabemos que esa afirmación implicará la negación de los rasgos femeninos que de manera inevitable se encuentran en el ser del hombre.

deberá ingresar al mundo del trabajo remunerado y ajeno al trabajo en su propia parcela, trabajo que pudo haber desempeñado de niño para ayudar a la manutención del hogar, al decir de (De Keijzer y Rodríguez, 2003).

### **Las edades y los significados de la masculinidad**

Por masculinidad se entiende un conjunto de funciones, conductas, valores y atributos que forman parte del varón en un determinado tiempo, espacio y cultura (Kaufman, 1997; Kimmel, 1997; Marqués, 1991; Rodríguez, 1998, 2002; Fuller, 1997; Valdés y Olavarría, 1998, 2002; Godolier, 1986; Connell, 1995, 1997). De lo que podríamos derivar la idea de que los varones deben llenar una serie de requisitos que permiten que su masculinidad se manifieste ante la sociedad en la que viven, pero sobre todo ante ellos mismos. Parte constituyente de esa masculinidad son tres ejes: los varones son protectores, proveedores y preñadores (Fuller, 1997; Horowitz y Kaufman, 1989, Stern y García, 2001; Olavarría 2003, 2004).

Sin embargo, cabría señalar que a raíz de las entrevistas efectuadas para esta investigación y, siguiendo el discurso de los adolescentes, la función central del varón sería la de proveer. El varón provee todo lo necesario para vivir a su familia, incluida la protección con todas sus variantes<sup>7</sup> que pueden ser muchas. El varón provee a la mujer su capacidad para convertirse en madre, los varones proveen la vida coital a la que la mujer tiene derecho y acceso al ser su esposa. El varón es el máximo proveedor de su familia y visto así, hasta del universo, eso explica la visión falocéntrica.

Según algunos de los autores revisados (De Keijzer, 1997; Kaufman, 1997; Guttman, 2000; Marqués, 1991; Corsi, 1997, 2002), los varones ejercen frente a sus familias sobre todo, su calidad de protectores. Para estos autores los varones deben en todo momento probar su calidad de protectores ante cualquier eventualidad que pudiera presentarse y lastimar a los miembros de

---

<sup>7</sup> Protección del medio ambiente, de situaciones de riesgo, de peligros de toda clase. Protección del futuro al darles a sus hijos la preparación escolar que éstos requieran y un largo, largo etcétera.

su familia de cualquier manera. Ser proveedor incluye a su vez todos los elementos que engloba el ser protector, ya que el padre de familia además de proveer todo lo anterior, también provee cuidados, una situación económica favorable, amparo, protección y guía; sin olvidar que el padre provee oportunidades de desarrollo y de estudio tanto mediatas como a futuro. Los varones, como proveedores, parecerían tener un papel más amplio de funciones, ya que como tales los varones van a proveer: dinero, alegría, honor, protección, cariño, modelos de conducta, autoridad, seguridad, diversión, cuidados, afecto, estatus; pero también pueden proveer todo lo que su papel de protectores asegura. Lo que nos lleva a agregar que no poder cumplir este papel por las razones que pudiera haber, lleva al varón a poner en tela de duda su propio proyecto de vida como miembro del colectivo masculino.

No obstante, la masculinidad es un conjunto de significados cambiantes difíciles de aprehender. Pero también es un alejarse de todo lo que sugiera a la madre, de todo lo que pudiera pensarse femenino. Según Badinter (1993), Lagarde (1993) y Connell (1995, 1997) la masculinidad no existe más que en oposición a lo femenino. Pero no es sólo la oposición sino también la idea de devaluación de lo femenino de acuerdo a (Marqués, 1991, 1997; Torres, 2001). Se es valioso porque se es varón; ese solo hecho permea toda la vida del individuo, su categoría. A partir de aquí, creemos que la masculinidad va construyéndose a través de las relaciones del hombre consigo mismo, con los otros y con el mundo que lo rodea, lo que nos lleva a la idea de que la masculinidad es una construcción que se da a través del tiempo. Cabe señalar también que por su misma naturaleza es una construcción que no termina nunca, siguiendo a algunos autores podríamos decir con ellos que la masculinidad depende también de la edad, los hombres son hombres de acuerdo a una serie de características que dependen de la edad en la que se encuentren (Connell, 1995; Olavarría, 2003).

De ahí que la masculinidad no sea algo dado que pueda obtenerse por membresía, sino una construcción que se da en el tiempo y a través de él. Según autores como Kaufman (1997), Kimmel (1997), Horowitz y Kaufman

(1989), Godolier (1986) la masculinidad es una conquista diaria sí, pero también es una posesión que debe lograrse y mantenerse.

Creemos que los varones van construyendo su masculinidad a través, algunas veces, de una especie de juego de acierto y error. Se van haciendo hombres a sí mismos, van edificando su masculinidad auxiliados por sus pares, por su familia, por todo lo que los rodea. Van dando forma a lo que consideran masculino, esa idea de masculinidad surge de la vida en la que están inmersos, nace de lo que les plantea la sociedad y de lo que sus pares aconsejan, aceptan y aplauden como propio de lo masculino. Connell (1995), plantea que la masculinidad es una construcción social histórica, por lo que necesariamente cambia de una cultura a otra, incluso dentro de cada cultura en distintos momentos históricos, a lo largo del curso de vida de cada individuo y entre diferentes grupos de hombres de acuerdo con su etnia, clase social o raza.

Viveros (1997) dice que la construcción de la masculinidad es un equilibrio sutil entre reputación y respetabilidad. Agrega esta autora que existe una segunda concepción de masculinidad: la del varón responsable en todos los ámbitos de su desempeño social. El que es un trabajador confiable, el buen empleado, el que cumple tanto con su responsabilidad laboral como en su hogar y con todos los requerimientos que se le hacen por el solo hecho de ser “el padre, el cabeza de familia”. El que satisface todas las necesidades económicas de su familia y es responsable de ella y de cuanto le atañe, eso es ser un varón de probada masculinidad. Una vez más la idea del hombre como proveedor. Finalmente, reputación y respetabilidad dependen de su función como hábil proveedor, función que requiere tiempo para poder establecerse y que en una sociedad bajo permanente crisis económica puede verse obstaculizada.

A partir del trabajo de campo de la investigación parece quedar en claro que la masculinidad es una construcción que se da en el tiempo y que depende de varias vertientes. Una de ellas es la edad por la que atraviesa el varón. Además y, siguiendo el discurso de los adolescentes entrevistados, la masculinidad - que ellos refirieron siempre a ser hombre o no serlo-, es una apropiación paulatina ya que los entrevistados coincidieron en ser varones, pertenecientes

al sexo masculino pero no necesariamente hombres. La hombría, que es la meta a la que aspiran, es algo que se conseguirá en el futuro. Siguiendo a Viveros (1997), quien señala que la hombría es un equilibrio sutil entre reputación y respetabilidad, podría decirse que los adolescentes están buscando fincar su respetabilidad y su buena reputación paso a paso preparándose para ello. Esa preparación puede ser en la escuela, en la búsqueda de un buen empleo, en una posible unión (matrimonio), que demuestre que se es heterosexual, a través de los hijos porque éstos probarán su potencia y su madurez como hombre-adulto al enfrentar sus obligaciones.

### **La construcción de la masculinidad**

En la socialización de género<sup>8</sup> es probable encontrar una serie de aparentes ventajas para los varones que, simultáneamente, con el transcurso del tiempo y la rigidez de esa misma socialización, irán convirtiéndose también en desventajas por el costo que los varones tienen que pagar (De Keijzer, 1997; Seidler, 1997; Marqués, 1991, 1997; Torres, 2001; Corsi, 2002). Esa misma socialización lleva a los varones a intentar cumplir a cabalidad lo que la masculinidad hegemónica establece como deseable lo que, tarde o temprano, habrá de exigirles una serie de conductas que los insensibilizan incluso respecto de sus propias emociones.

La socialización de género podría llevarlos a tener mayor independencia, a ser más agresivos, a estar en una competencia continua por alcanzar los ideales del modelo. Parecería que, según señalan algunos autores (Connell, 1995; Kimmell, 1997), mientras más exigentes son los atributos del varón en una sociedad, más difícil será identificarse como tal. Cabría pensar que los hombres se hacen hombres a través de un penoso proceso, pero también de la llamada: educación del privilegio. Autores como (Marqués, 1991, 1997; Torres, 2001; Izquierdo, M.J. 2003), coinciden en afirmar que el varón recibe desde temprano la idea de que él es importante por el solo hecho de ser varón. Esta

---

<sup>8</sup> El proceso de socialización consiste en fomentar ciertas posibilidades del varón y reprimir otras hasta llegar a su eliminación (Marqués, 1997).



idea se transforma en una serie de privilegios que el niño ve y que la acentúan: el varón es atendido sobre todo por los miembros femeninos de su hogar; se le dispensa un trato especial: tiene muchas menos obligaciones con el aseo y ordenamiento de su vivienda, por ejemplo. No tiene restricciones en cuanto a horarios, es libre para elegir a sus amistades y puede salir y entrar a su casa sin vigilancia de ningún tipo.

Así, continúan los autores, el niño poco a poco va concientizando<sup>9</sup> el privilegio de pertenecer a la parte importante de la humanidad. Los hombres construyen su subjetividad dentro de un ámbito pleno de estereotipos que, además, tienen la ventaja de vivir en una sociedad donde el privilegio masculino predomina, privilegio cuya conservación y consolidación suele convertirse en parte importante de su existencia.

Connell (1995) por su parte define las masculinidades como configuraciones de prácticas estructuradas por las relaciones de género, que son inherentemente históricas y cuya construcción y reconstrucción es un proceso político que afecta el balance de intereses en la sociedad y en la dirección del cambio. No debe considerarse suficiente con el reconocimiento de que la masculinidad es diversa, sino que también debemos percatarnos de las relaciones entre las diferentes formas de masculinidad: relaciones de alianza, dominio y subordinación. Sin dejar de lado que estas relaciones se construyen a través de prácticas que excluyen e incluyen, que intimidan, que explotan, etc. Existe, por tanto, una política de género en la masculinidad.

El género es una estructura internamente compleja en la que se superponen diferentes lógicas. Esto es importante para el análisis de las variadas masculinidades. Ahora sabemos que cualquier masculinidad, como una forma de ser en la práctica, se ubica de manera simultánea en varias estructuras de relación. De lo que cabe derivar que la masculinidad, tanto como la feminidad, estarán asociadas a contradicciones internas y a rupturas históricas. Las

---

<sup>9</sup> Sin dejar de lado que el niño está consciente del trato preferencial que recibe el padre o su sustituto dentro del hogar. El niño no puede ignorar que ese trato se le confiere sólo a una parte de la población con la que vive: al varón, y él, casualmente, es parte de esa población.

relaciones de género, podríamos decir, son el componente principal de la estructura social que es considerada como un todo, las políticas de género se ubicarían entre los determinantes principales de nuestro destino como colectividad (Connell, 1995).

El género es una de las formas en las que va a ordenarse la práctica social. Cabe pensar que en los procesos de género, la conducta ordinaria se organiza en relación con un ámbito reproductivo que es definido a su vez por las estructuras corporales y la reproducción humana. Sin olvidar que el género es una práctica social que refiere a los cuerpos y a lo que éstos hacen, no es una práctica social que se reduzca sólo al cuerpo. Así mismo, las relaciones de género, las relaciones entre las personas y los grupos organizados por el ámbito reproductivo forman una de las estructuras principales de las sociedades a las que pertenecemos. De igual modo, la práctica relacionada con estas estructuras que se generan cuando personas y grupos se enfrentan a su situación histórica no se da en casos aislados. Esas acciones se configuran como unidades mayores y, cuando nos referimos a la masculinidad y a lo femenino nos referimos a configuraciones de las prácticas de género.

Al mismo tiempo también podemos hablar de la existencia de un entrenamiento corporal y organizativo de las emociones. Los varones suelen apropiarse de ciertas propuestas de identidad masculina que les son más gratas, más afines, mientras que desechan otras. Pero, apropiarse de ciertas propuestas de identidad masculina no es cosa de un momento, suele ser un entrenamiento que dura años en el mejor de los casos, pero que puede durar toda la vida sin que los varones descansen en ningún momento en la lucha por esa construcción. Esa edificación está íntimamente relacionada con la sujeción de las emociones, es decir, los varones se distancian de las emociones al grado de -según algunos autores-, ser incapaces de mencionarlas. Ese distanciamiento obedece al hecho de que la emoción y sus manifestaciones pertenecen al mundo de lo femenino, de lo que se desdeña (Seidler, 1997; Horowitz y Kaufman, 1989; Badinter, 1995; Fuller, 1997; Viveros, 1997).

La identidad masculina posee sus propios reguladores que se aseguran de que esa identidad que señala la masculinidad hegemónica y cuyo anhelo es la pureza, no se salga de control, la misoginia y la homofobia serían parte de esos reguladores. Evitar cualquier inclinación que pudiera pensarse hacia lo femenino en él mismo y en los otros es tarea constante de todo varón, lo que nos lleva a tropezar con una misoginia insidiosa. Esa misoginia sirve para mantener una identidad masculina prístina, identidad congruente con el modelo dominante, que hace del poder y el desdén a todo lo que no se le iguale, sus mejores armas. La identidad masculina habitual significa estar constantemente revisando que lo que socialmente se considera masculino esté en el centro del movimiento hacia el que gravitan los varones con todo lo que ello conlleva.

En una sociedad típicamente misógina y homofóbica cabe preguntarse que tipo de esfuerzo demanda a los varones para que sean y actúen de acuerdo al ideal de masculinidad. El cumplimiento de tal exigencia no estaría exento de emociones como angustia, miedo al fracaso al no sentirse capaces de igualar el ideal que se le propone. Ante tales dificultades afectivas y sus comportamientos compensatorios pueden ser potencialmente peligrosos y destructivos. Lo que se observa generalmente en los modelos de masculinidad tradicional que privilegian el riesgo, la aventura temeraria y la ausencia de auto cuidado. Porque la prudencia y el cuidado de la propia salud están más asociadas a las mujeres (Figueroa, 1997, 2002; De Keijzer, 1997; Lagarde, 1993).

Algunos estudios sobre grupos de la población mexicana plantean que la masculinidad requiere ser reafirmada y demostrada de manera constante porque desde su nacimiento los varones reciben de la sociedad un mensaje (Szasz, 1998; Stern y García, 2001; Rodríguez, 1998). Por una parte, los hombres aprenden que ser hombre es una ventaja asociada con características socialmente valoradas como la fuerza, la calidad de protector, el valor, la asertividad y el poder. Pero por otra parte reciben el mensaje de que no se es hombre mientras no se pruebe serlo. La hombría se construye a lo largo de la vida, incluye varios elementos: como la conciencia de superioridad por ser varón; la supuesta búsqueda continua de relaciones coitales. Por otro lado, la

hombria se considera una cualidad que así como puede lograrse también puede perderse de acuerdo a las circunstancias y a la historia de cada individuo.

Parecería que no basta nacer varón, como tampoco basta casarse para que con ello la masculinidad quede afianzada, la masculinidad es una cualidad que deberá probarse el resto de la vida. Agreguemos a esto que la sociedad provee caminos específicos para probar la masculinidad, entre los cuales las proezas sexuales -entendidas éstas como la seducción y la posibilidad de tener frecuentes relaciones coitales con el mayor número posible de mujeres sin comprometerse-, ocupan un lugar preponderante, (Szazs, 1998). Sin embargo, en los adolescentes de este estudio, las proezas sexuales no aparecen como importantes dentro de su discurso sobre la masculinidad, sin que ello signifique su desvalorización.

Otro concepto asociado al de masculinidad es el poder. Kaufman (1997), señala que existe una equiparación entre masculinidad y poder. Este concepto ha evolucionado a través de los tiempos, ha confirmado, justificado la dominación de los varones sobre las mujeres y ha obtenido también una mayor valoración sobre éstas. El varón interioriza esta concepción de poder durante su desarrollo como persona y aprende a experimentar ese poder como la capacidad de ejercer control. El varón busca “ser la cabeza” de su familia porque esto se asocia al poder y como tal es el gran proveedor de su familia. Así, el proceso de convertirse en hombre o actuar como tal se inscribe en el campo simbólico de las relaciones de poder, de la dominación y de la subordinación de género (Corsi, 1993; Marqués, 1991; Torres, 2001; Lamas, 1996; Connell, 1995).

La masculinidad parecería más bien una cualidad difícilmente alcanzable. Tal vez surja esa dificultad de que resulta muy complejo poder explicar qué es concretamente ser un hombre. No es posible a estas alturas pensar que la masculinidad sea algo que se derive de la naturaleza, no se nace hombre, como tampoco se nace mujer. Así, son las sociedades las que establecen una serie de pruebas, ritos, premios, castigos y demás, para incentivar la conducta

activa considerada propia de los hombres, lo que de paso inhibe la conducta pasiva que vendría a ser lo femenino. Además de la obligación, de parte de los hombres, de diferenciarse de todo lo que suponga feminidad. El primer objeto de identidad para niños y niñas es la madre que los alimenta, los abriga y los ama, la niña transitará, se supone que fácilmente, hacia su identidad femenina, mientras que el varón deberá romper su identidad primaria con la madre para adquirir su propia identidad, para diferenciarse del cuerpo de la madre y verse a sí mismo como un ser autónomo (Badinter, 1993; Kimmel, 1997; Kaufman, 1997; Corsi, 2002; Horowitz y Kaufman, 1989).

Por tanto, la identidad masculina se adquiriría en un proceso de diferenciación con la madre y todo aquello que sugiera el mundo femenino. Pero en ningún momento se dice qué es ser hombre, lo que nos lleva por los caminos de la fragilidad de la construcción de la masculinidad, al decir de Kimmel (1997). Sin olvidar que todo esto se da en un contexto social que devalúa lo femenino y en el cual tanto la autoridad como el poder se consideran masculinos. La identidad masculina deviene tal por oposición, es adquirida y por lo tanto es menos estable y menos precoz que la feminidad de la niña (Callirgos, 2003). Vista así, la masculinidad es frágil y su adquisición es siempre conflictiva, ya que la masculinidad suele estar bajo sospecha, surge de ahí la exigencia de probarla cotidianamente. Esa búsqueda de probar que se es parte del colectivo masculino se da también en los espacios en los que se desarrollan los hombres, de ahí que surjan los espacios de la masculinidad.

## **Los espacios de la masculinidad**

### **El espacio físico**

Cabría pensar que el espacio físico ayuda a la construcción de la masculinidad, pero también es lugar de su expresión, de su ejercicio. Es el caso, por ejemplo, de la masculinidad exaltada por las competencias deportivas porque ellas serían una prueba de la masculinidad y también la posibilidad de ingresar a la calle. Éste es considerado el territorio propio de la masculinidad, como terreno

en el que deberá probarse, manifestarse y apuntalarse la masculinidad. Pero la masculinidad también se construye en otros espacios como el hogar y la calle.

### **El hogar: sus peligros y debilidades**

El hogar es el reino de lo femenino, es el mundo cerrado, privado, propio de la mujer y en el que se espera que ella se realice a plenitud. La mujer es nutricia en muchos sentidos: ella cuida, alimenta, procura bienestar, alivia a los que son suyos, es parte de su voluntad de nutrir y servir. Si el hogar es un mundo cerrado, de servicio a los demás (Lagarde, 1993; Izquierdo, 2003) no es terreno de la masculinidad porque se opondría a ella.

El hogar refiere a pasividad, a privado, el mundo de la masculinidad es justo lo contrario. En muchas sociedades mediterráneas (Gilmore, 1997) los ámbitos de los hombres y de las mujeres están claramente delimitados. Los dominios de hombre y mujer son dos mundos separados que avanzan sin tocarse. El hombre está obligado a salir del hogar durante el día precisamente al mundo que sí le pertenece: la calle. El hombre que prefiere quedarse en casa resulta inmediatamente sospechoso, su masculinidad está fuera de lugar y por tanto, resulta cuestionable. No es dentro del hogar donde pueda pensarse la masculinidad, por eso se dice que el hombre es de la calle, que es su terreno natural. Además, que el varón permanezca en el hogar se presta a suspicacias: si no es ése su mundo lo único que cabría pensar es que el varón ha dejado de ser tal. Tal vez esto explique que desde temprano los niños “salen a la calle” de un modo que no lo hacen las mujeres.

Sin embargo, el mundo del hogar no sólo es lo anterior, también es el espacio de poder donde se manifiesta la masculinidad. Dentro del hogar el hombre es la máxima autoridad no sólo el mayor proveedor; aún sin ser el único proveedor que la hegemonía pide, el hombre considera que es suya la responsabilidad de proveer y por tanto la autoridad máxima le corresponde a él en su calidad de cabeza de familia. Por otro lado, vale la pena reflexionar en la posible inseguridad que sufren los hombres cuando deben enfrentar la transición entre

la tranquilidad del hogar -como hijos, como esposos- y la posible peligrosidad de la calle. Sin dejar de lado que los adolescentes deberán enfrentar este hecho sobre todo cuando sus familias viven fuera de la capital del Estado y ellos deberán trasladarse a ella para continuar sus estudios. Aunque en un momento dado podríamos considerar como un rito de paso el hecho de que los adolescentes salgan de su casa y se trasladen a otro lugar para sus estudios, no deja de ser una transición dolorosa y provocadora de inseguridad. Como rito de paso, dejar el hogar puede también significar un logro digno de orgullo.

No obstante, también cabe reflexionar que el hogar, al ser considerado el terreno de lo femenino se convierte en un sitio amenazante precisamente por eso, los hombres saben que están fuera de lugar dentro del hogar. Ellos saben que su terreno natural es la calle y es en ella donde se encuentra el trabajo que es esencial para la construcción adulta de su masculinidad. Es probable también que surja de aquí el temor que los adolescentes experimentan ante la posibilidad, latente siempre, del desempleo, ya que de no conseguir el trabajo que necesitan deberán “quedarse”, por decirlo de alguna manera, en el hogar, ya sea el de origen o el que ellos mismos han formado; de lo que podemos suponer que el hogar pueda convertirse también en un lugar amenazante de la masculinidad.

El mundo del hogar para el varón es el aspecto doméstico de su masculinidad asociado a la familia. El matrimonio y la paternidad constituyen el núcleo de sus afectos. Este mundo está definido por el amor, la autoridad, la protección, el respeto, lo que, podríamos decir, se resume en el valor de la responsabilidad y es ésta la cualidad que caracteriza a la masculinidad en el aspecto doméstico. Sin embargo, estamos conscientes de que esta masculinidad es la masculinidad adulta, ya que para los varones adultos el matrimonio es el paso necesario para llegar a ser hombres plenos.

Pero, la oposición casa/calle operaría como el espacio de transición entre lo que es natural, lo doméstico y lo exterior. En ese sentido la casa, el aspecto interior de la vida, es femenino. No obstante que lo masculino se asocia a la calle, el hombre vive entre dos mundos, fue criado por mujeres, surgió de ellas,

sin embargo, está obligado a conquistar la calle al llegar a la adolescencia ya que su hogar le pertenecerá por siempre. Simultáneamente el hogar será también lugar de peligro para el hombre porque la fuerza de la mujer que vive en él (que puede ser la madre o la esposa), podría obstaculizar la construcción de su masculinidad, puede, a fuerza de amor, emascular esa masculinidad incipiente (Fuller, 1997; Olavarría, 1997; 2001).

### **La calle: territorio de hombres**

El varón sale pues, del hogar, se separa, podríamos decir, simbólicamente de él e ingresa al mundo de lo masculino. Los adolescentes, desde el momento en que dejan su casa y salen a “la calle a completar su formación como varones” se convierten -es la idea<sup>10</sup>-, precisamente en eso, en varones. Conviene recordar que los varones salen “a la calle” antes que las mujeres porque se considera que el mundo del hogar, circular y de servicio a los demás, corresponde a la mujer y no sería bien visto que los varones estuvieran en casa. Sin embargo, cabe la reflexión de que no sólo los varones salen a la calle, también lo hacen las mujeres. Tanto niños como niñas salen de su ámbito privado -el hogar- para ir a la escuela por ejemplo. Autores como (Fuller, 1997; Viveros, 1997, 1998; Valdés y Olavarría, 1998; Olavarría, 2001, 2002, 2003), por ejemplo, sostienen que el hombre es el dueño de la calle y es en ésta precisamente donde se forjará y mostrará parte importante de su masculinidad. De ahí derivan que el hombre sale a la calle de una manera en que no lo hace la mujer. Podríamos decir, siguiéndolos un poco, que la mujer transita por la calle, se traslada, ya que ésta se “forma” en el hogar; pero no sale a la calle en la medida que sí lo hacen los hombres.

El salir los varones a la calle representa la posibilidad de dejar de lado el espacio cerrado de la casa -hogar-, y los cuidados maternos que ella significa y, ¿por qué no decirlo?, el temor que la madre inspira al varón. La madre, con su fuerza, con su pasión y su amor pueden castrar al varón, feminizarlo a fuerza de amor y cuidados, por eso el varón debe alejarse de lo femenino que

---

<sup>10</sup> De la familia, de la sociedad misma, de los pares.



ella encarna. La calle se convierte así en el ámbito privilegiado de acción ya que ésta representa el mundo de lo inesperado, del reto, del peligro potencial en donde podrá demostrar, enfrentándolo, que ha dejado de ser niño y que es hombre (Fuller, 2003; Viveros, 1997, 1998).

La calle habrá de convertirse en la arena de competencia, de seducción y rivalidad asociada al grupo de pares cuya opinión ha cobrado carta de importancia decisiva. Mientras que los hombres son los poseedores naturales de la calle, las mujeres sólo podrán acceder a ésta cuando cuenten con su protección. Si no es así, deberán someterse a las reglas del juego masculinas. Es decir, entrar en el juego de la seducción/agresión que caracteriza a este espacio, lo que supone someterse a sus reglas. Así mismo, el hombre detenta la autoridad de lo doméstico en base a su asociación con lo público. Desde el punto de vista de la sociedad hegemónica lo doméstico está subordinado frente a lo público, siendo el hombre el puente entre ambos mundos. Pero su fortaleza para constituirse como tal estriba en su capacidad de proveer y para ello el hombre requiere tener éxito en otro espacio vital, espacio éste constituido por el ámbito laboral, (Fuller, 1997; Olavarría, 1997, 1998, 2002, 2003).

### **El trabajo, un espacio de realización de la masculinidad**

Otro de los espacios de la masculinidad y que marca la adquisición del estatus de adultez y con ello el hecho de ser hombre es el trabajo. Éste es uno de los componentes fundamentales de la identidad masculina. Podría decirse que constituye el punto básico de su respetabilidad social porque lo hace hombre. El trabajo, establece la sociedad hegemónica, es el camino para que el varón trascienda su tiempo y dé paso a la masculinidad madura, la masculinidad del hombre que se ha realizado y con ello ha colmado las expectativas propias y ajenas (Fuller, 1997; Viveros, 1997, 1998; Olavarría, 1997, 1998, 2001). Todo esto tiene repercusiones sobre cómo se construye la masculinidad y se manifiesta.

Carecer de un trabajo que permita precisamente esa realización, pone también en entredicho la masculinidad misma. Ingresar al mundo laboral significa haber alcanzado la condición de adulto, constituye a su vez la condición para poder establecer una familia y es una de las más importantes fuentes de reconocimiento social. De lo que podemos derivar que la incertidumbre del futuro ante las sucesivas crisis económicas como las que viene viviendo el estado de Sonora, hacen poco asequible esta posibilidad. Obtener un trabajo bien remunerado que permita la realización del hombre como proveedor parece más bien una oportunidad lejana si es que no difícil de lograr. Sin embargo, el discurso hegemónico continúa basando la masculinidad en la capacidad pragmática y en la habilidad y eficiencia para dar a la familia el acceso adecuado a un mundo globalizado, con lo que volvemos a la idea de que el hombre debe tener la capacidad de proveerlo todo. No tener las opciones que harán posible lo que el discurso hegemónico establece incide de manera directa sobre los adolescentes, quienes ven como espinoso el camino hacia la masculinidad adulta.

El trabajo remunerado como actividad básica del varón, que según la masculinidad hegemónica, le permitiría ser el proveedor exclusivo, reafirma la distinción entre los mundos doméstico y público. Establece una línea tajante en la realidad social asociada con la diferenciación sexual: los hombres en el trabajo, en la calle; las mujeres en el hogar, el mundo privado, cerrado, doméstico. Tener un trabajo bien pagado resulta importante para el hombre ya que le permite convertirse en proveedor de su familia y con ello los recursos necesarios para ser la figura de autoridad que se espera sea según este modelo patriarcal, (Fuller, 1997, 2003, Olavarría, 1997, 2001).

Tener un buen trabajo significa haber alcanzado la condición de adulto y es indispensable para establecer la familia propia. Es, además, fuente de reconocimiento social. El trabajo, además, es una actividad que los varones ejercen más allá del hogar, en la calle, en el espacio público; el varón -se reafirma- es de la calle, del trabajo. Así, el trabajo es fuente reconocimiento social, tal como hemos dicho en el párrafo anterior. Lo que nos lleva a que no ser capaz de obtener un trabajo que le permita al hombre vivir como él quiere o

necesita hacerlo, puede convertirse en origen de frustración y vergüenza, sobre todo ante el grupo de pares que son fuente importante de ese reconocimiento social. No poder obtener un empleo que el grupo de pares considere valioso puede anular cualquiera otro logro personal y convertir al hombre en un pobre diablo.

La masculinidad hegemónica sustentada en la capacidad de tener un trabajo que permita cumplir el papel socialmente esperado de proveedor, resulta un peso sobre los hombres que las mujeres no llevan puesto que a ellas no se les socializa para sostener económicamente ni a sí mismas ni a su familia, salvo cuando no haya un hombre que lo haga. La masculinidad hegemónica exige demasiadas cosas: que el varón demuestre una heterosexualidad fuera de duda; que manifieste una gran laboriosidad -ser económicamente exitoso<sup>11</sup> es parte importante de esta masculinidad-; que sea un líder reconocido por su capacidad es también importante y, que su tránsito hacia una masculinidad adulta pueda establecerse, (Sequeira, 1998; Corsi, 1993; Rodríguez, 1997, 1998; De Keijzer, 1997, 2002) Lo que nos lleva a pensar que tanta exigencia es desgastante porque, a través de ella supuestamente el varón logrará colmar esos requisitos.

Varios autores dicen que los varones aprenden a centrar su vida en torno a las exigencias del trabajo, ya que es ahí, supuestamente, donde la sociedad le dice al varón que debe realizarse y es ahí donde se construye la masculinidad (Giddens, 2002; Corsi, 1993; Fuller, 1997; Viveros, 1997, 1998; Connell, 1995; Olavarría, 1997, 2001, 2002, 2003). Esa misma sociedad hegemónica castigará con el desprecio a los que no hayan sido capaces de realizarse en el trabajo, porque ello implica que tampoco su masculinidad está completa ni evoluciona de manera natural hacia sus más elevados ideales. Al mismo tiempo, carecer de un trabajo que le dé seguridad económica implica que no está cumpliendo con su función de proveedor que es tal vez la más importante para lograr el estatus de hombre. El mundo del trabajo pasa a ser entonces un espacio en el cual ellos deben tener un lugar. No cumplir esta meta significa no estar a la

---

<sup>11</sup> Sin olvidar que el dinero dota de privilegios caros a los varones. El uso del dinero es, además, una de las facultades de las que disponen.

altura de ser hombre, puede ser ocasión de indignidad, decepción y fracaso. Mucho más humillante aún puede resultar para un hombre adulto el que otro trabaje por él, pudiendo él hacerlo, especialmente si ese otro es una mujer (Olavarría, 2001).

Si uno de los caminos de realización de la masculinidad es el trabajo según varios de los autores reseñados, carecer de él sería poner en riesgo la constitución de la masculinidad adulta. Los adolescentes tienen frente a ellos un reto más: obtener un trabajo que les permita lograr el reconocimiento y aceptación social a su capacidad de proveer y producir. Es también a partir de la consecución de trabajo que los AUH podrán constituir una familia y responsabilizarse adecuadamente de ella, responsabilidad y cumplimiento que hará posible -al menos en su discurso-, que se conviertan en hombres.